

What is perhaps most disturbing about the story that Braun tells is that the researchers for the most part failed to even define what they meant when they used terms such as «race» and «ethnicity». Yet they were so determined to find racial difference and racial hierarchy that they failed to even ask questions about, much less analyze, the social, political and economic context of the differences in respiratory health they were observing. As a result, political and social judgements masquerading as science, have held sway for over a century and a half. ■

Gerald Markowitz

orcid.org/0000-0002-9021-5536

John Jay College and Graduate Center

City University of New York

Susan D. Lamb. Pathologist of the Mind. Adolf Meyer and the Origins of American Psychiatry. Baltimore: Johns Hopkins University Press; 2014, 299 p. ISBN 978-1-4214-1485-0. \$ 44,95 (cloth).

Adolf Meyer (1866-1950) es, sin ninguna duda, uno de los psiquiatras más acreditados de la primera mitad del siglo XX. Su obra, tan polifacética como creativa e influyente, ha sido abordada desde perspectivas diversas. Dignos de mención son, en este sentido, los trabajos de Eunice Winters, tanto su esfuerzo de compilación y edición de los principales escritos de Meyer —cuatro tomos de *The Collected Papers of Adolf Meyer* (1950-52) o *Psychobiology: a Science of Man* (1957)—, como algunos artículos de interés publicados en la década de los sesenta, entre los que destacaré el estudio sobre el papel desempeñado por Meyer en el movimiento pro-higiene mental en Estados Unidos¹, una investigación que, personalmente, me resultó de gran utilidad cuando, hace ya bastantes años, empecé a interesarme por la historia de la higiene mental. Trabajos importantes, a los que siguieron otros que, como ya he apuntado, han analizado distintas facetas de la vida y la obra de Adolf Meyer. En nuestro medio, resulta de interés un trabajo de

1. Winters, Eunice. Adolf Meyer and Clifford Beers, 1907-1910. *Bulletin of the History of Medicine*. 1969; 43: 414-443. De esta misma autora Winters, E. E. (1966). Adolf Meyer's two and a half years at Kankakee. *Bulletin of the History of Medicine*. 1966; 43: 414-443.

Natividad Sánchez y Gabriel Ruiz que estudia la relación del psiquiatra norteamericano con Emilio Mira a través de la correspondencia que ambos mantuvieron y que nos permite valorar la trascendencia internacional de uno y otro².

Pues bien, a pesar del evidente interés historiográfico que siempre ha tenido la figura y las aportaciones de Adolf Meyer, el gran mérito del libro que nos ocupa, *Pathologist of the Mind. Adolf Meyer and the Origins of American Psychiatry*, es el de ofrecer una visión de conjunto muy completa; es más, me atrevería a decir que es el primer estudio «integral» de este importante autor. El trabajo heurístico es impresionante pues, además de las obras impresas, la documentación estudiada se extiende a otro tipo de fuentes (correspondencia privada, historias clínicas, etc.). No en vano Susan Lamb ha tenido la oportunidad de acceder por primera vez y sin restricciones a todo un archivo de material clínico, hasta entonces imposible de consultar, que le ha permitido ofrecer nuevas perspectivas sobre las prácticas psiquiátricas en los comienzos de la medicina mental en Estados Unidos.

Precedidos de una amplia introducción y ultimados con unas sobrias conclusiones, los seis capítulos —que no voy a resumir, pues se trata de un libro que el lector interesado debe disfrutar por sí mismo— dan cuenta con detalle de las diversas facetas de la actividad intelectual y clínica de Meyer. El desarrollo de una metodología propia, con una original propuesta teórica —la llamada psicobiología—; la organización de la atención a los pacientes mentales y de la enseñanza de la psiquiatría; el desarrollo de la psiquiatría como especialidad; la higiene mental; la transformación de la asistencia manicomial, etc., son algunos de aspectos analizados.

En el ámbito teórico, Meyer sentó las bases de su «psicobiología». Su enfoque era esencialmente holístico —en clara oposición al dualismo mente-cuerpo—, y marcaba el acento en la unidad dinámica de la persona. Los factores sociales, neurológicos y psicológicos merecían igual consideración al acercarse al estudio del ser humano. Su formación europea explica la influencia de la escuela de Zúrich, con Forel y Bleuler a la cabeza, o de Kraepelin y Meynert, pero su obra está también impregnada por el pragmatismo y funcionalismo americano que conoció y aprendió de primera mano en sus tiempos de Chicago, primer lugar donde recaló cuando llegó a Estados Unidos desde su Suiza natal y antes de lle-

2. Sánchez, Natividad; Ruiz, Gabriel. «Ese hombre alto y calmadamente enérgico»: Adolf Meyer (1866-1950) y Emilio Mira y López (1896-1964). *Revista de Historia de la Psicología*. 2012; 33 (2): 23-46. Véase también Sánchez, Natividad. *Adolf Meyer and Spain. A Historical Account Gleaned through his Correspondence*. *Psychologia Latina*. 2011; 2 (1): 115-131.

gar al psiquiátrico de Kankakee (Illinois) primero, y a la Clínica Psiquiátrica Henry Phipps, en el John Hopkins Hospital, más tarde.

Desde una concepción dinámica de los trastornos mentales, Meyer consideraba que estos estaban originados por el desajuste que se producía en las personas cuando no podían manejar las situaciones y circunstancias que les rodeaban. Un dato biográfico (familiar) al que Susan Lamb otorga mucha importancia es la propia enfermedad de su madre. Meyer interpretó que las crisis nerviosas padecidas por su madre fueron debidas a los problemas económicos, pérdidas personales, y a la tensión nerviosa que sufrió al emigrar a Estados Unidos. Para la autora del libro que se reseña, esta situación vital de su madre estaría en el origen de la importancia que Meyer siempre concedió a las circunstancias personales y la adaptación en las causas y desarrollo de los trastornos mentales.

En el ámbito de la asistencia psiquiátrica y de la práctica clínica, Lamb analiza la primera experiencia en Kankakee, donde Meyer se percata de las deficiencias estructurales del sistema manicomial, para más tarde estudiar, utilizando fuentes primarias, las reformas organizativas puestas en marcha en la Clínica Phipps de Baltimore: detalladas notas de admisión, minuciosas historias clínicas, exhaustivos seguimientos evolutivos y protocolos muy específicos de actuación y tratamiento. Especial interés tiene la iniciativa de la «ortopedia mental», a la que Susan Lamb dedica bastantes páginas y que llega a denominar «a Wonderful Center for Mental Orthopedics»; y, en efecto, nos lo presenta como una «marvillosa» experiencia (o experimento) terapéutica en la que diversas actividades manuales (artísticas, artesanales, agrícolas), pero también lúdicas (cantar, bailar, jugar) contribuirían al reequilibrio mental y posibilitarían el reemplazo gradual de otros tratamientos. Se trataría de entrenar hábitos (*habit-training*) y habilidades, lo que estaría en el origen de lo que hoy entendemos por terapia ocupacional.

Finalmente, cabe mencionar la importancia que, en la obra de Meyer, tiene una orientación dinámica que intente explorar el inconsciente, que otorgue gran importancia a la biografía de los pacientes y que, de algún modo, entienda los síntomas y comportamientos anormales como el resultado de impulsos instintivos conflictivos. Las conexiones del pensamiento de Meyer con Freud o Janet, pero también con Jung y Riklin, lo que en cierto sentido nos retrotrae a sus años de formación en el Burgholzli de Zúrich, completan de manera muy solvente este análisis «integral» y de conjunto, como antes lo he definido, de las aportaciones de Adolf Meyer, un psiquiatra heterodoxo y creativo, en no pocas ocasiones incomprendido, que fue, sin embargo, la autoridad más sobresaliente de la medicina mental estadounidense de las primeras décadas del siglo XX.

Terminaré con una breve reflexión sobre la importancia y vigencia de Adolf Meyer para determinados aspectos de la salud mental del siglo XXI. Al final del libro, en el apartado de conclusiones, Susan Lamb destaca de qué manera John Oldham, un psiquiatra involucrado con las revisiones del DSM-V, recurre a Meyer para justificar la presencia en dicho Manual diagnóstico de un modelo «híbrido», según el cual algunos trastornos mentales, podría estar relacionado con el paradigma psicobiológico de Meyer: «tipos de personalidad, rasgos y trastornos están en un espectro continuo, al igual que la presión arterial y la hipertensión» (p. 253). Un modelo aplicado no solo a los trastornos de personalidad sino también a la depresión, habiéndose llegado a afirmar que para entender la depresión hay que mirar a la psicobiología y no a la biopsiquiatría³.

Pienso, sin embargo, que el pensamiento de Adolf Meyer y su influencia no se limita a matizar algunos contenidos del DSM. Aunque la autora de *Pathologist of the Mind* no llegue a señalarlo, la visión holística, no esencialista y no fragmentada de los trastornos mentales que puede identificarse en la obra de Meyer está presente, de un modo u otro y con las correspondientes correcciones o matizaciones, en enfoques y discusiones psicopatológicas de gran calado. Ya en los años sesenta, nada menos que Theodore Lidz señalaba la importancia de Adolf Meyer en el desarrollo de la psiquiatría americana⁴. El autor de *Schizophrenia and the Family* (1965) y *The Origin and Treatment of Schizophrenic Disorders* (1973), conocido fundamentalmente por sus propuestas sobre las causas «ambientales» de las psicosis, encontraba en las aportaciones de Meyer uno de los orígenes de esta corriente de pensamiento psicopatológico. Una manera de pensar la locura que acabaría cristalizando en algunos desarrollos teóricos de la antipsiquiatría, y a los que no sería ajena la teoría del trauma, o lo que posteriormente ha sido definido como «modelo del trauma en los trastornos mentales»⁵.

Asimismo, el trastorno adaptativo que Meyer postula en la génesis de la patología mental podría recordar, aunque el punto de partida sea diferente, la reciente propuesta de algunos autores de sustituir el término “esquizofrenia” por “trastorno de integración”⁶. Cambio de nombre con el que se pretende huir de

3. Véase, por ejemplo, Oldham, John; Moran, Mark. DSM Section Contains Alternative Model for PD. *Psychiatric News*. 2013; 48 (2): 11. También Muller, René J. To Understand Depression, Look to Psychobiology, not Biopsychiatry. *Psychiatric Times*. 2003; 20 (8): 46.

4. Lidz, Theodore. Adolf Meyer and the development of American Psychiatry. *American Journal of Psychiatry*. 1966; 123 (3): 320-332.

5. Ross, Colin. *The Trauma Model: A Solution to the Problem of Comorbidity in Psychiatry*. Richardson: Manitou Communications, 2000.

6. Sato, M. Renaming schizophrenia: a Japanese perspective. *World Psychiatry*. 2006; 5 (1): 53-55.

la inmutabilidad y del perfil biológico del término “enfermedad esquizofrénica”, propugnándose una perspectiva más psicosocial y vinculada al modelo vulnerabilidad-stress. Un modelo que, salvando las distancias, podríamos relacionar con la psicobiología de Meyer y el trastorno adaptativo de su madre que, en cierto modo, vino a inspirar —como nos señala Lamb— uno de los núcleos de su pensamiento psicopatológico.

Pathologist of the Mind es, pues, una monografía minuciosa, abarcadora y con un alto grado de especialización, cuya lectura será interesante para historiadores de la medicina y de la psiquiatría pero también para psiquiatras y psicólogos que aspiren a pensar su actividad profesional en términos históricos. ■

Rafael Huertas

orcid.org/0000-0002-4543-7180

Instituto de Historia – CSIC

Josep L. Barona Vilar. La medicalización del hambre. Economía política de la alimentación en Europa, 1918-1960. Barcelona: Icaria; 2014, 317 p. ISBN: 978-84-9888-582-8. € 22,63

El primero de los ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio que se fijó la cumbre de la ONU en 2000, para 2015, era erradicar la pobreza extrema y el hambre. Se ha avanzado, pero sólo en parte, y de forma muy desigual según los países y regiones. El hambre, que afectaba a un 24% de la población mundial en 1990 (año de referencia para los objetivos), se redujo al 15% en 2012, y debería llegar al 12% a finales de 2015. En algo se ha mejorado, aunque aún no es suficiente: todavía en la actualidad alrededor de 805 millones de personas, uno de cada nueve terrícolas, pasan hambre, según la FAO. Y sin embargo, el mundo produce suficiente comida (sobre las causas de esta anomalía véanse las páginas de *El hambre*, del escritor argentino Martín Caparrós). No siempre fue así. En las sociedades agrarias tradicionales, y de acuerdo con la tesis malthusiana, cuando la demanda alimentaria superaba la capacidad productiva de la agricultura se generaba un periodo de carestía frumentaria que provocaba subidas en los precios de los productos de primera necesidad y ponía en marcha la rueda infernal de la desnutrición y de las epidemias que se cebaban en los cuerpos sin defensas biológicas y, a la vez, desencadenaban una serie de conflictos más o menos agudos que podían desembocar en guerras y revoluciones.